

2011



2011 **MONARQUÍA** **2014**
ESPAÑOLA

**20 ARTÍCULOS DE ANÁLISIS
PARA 4 AÑOS CONVULSOS
QUE LO HAN CAMBIADO TODO**

ANTONI GUTIÉRREZ-RUBÍ



2014

Índice

2014

Las señales de Letizia
Nuevas generaciones
Monarquía, in extremis
¿El Rey tuitero?

2013

Escucho voces
La batalla de Tesino
Madrid pierde, el Príncipe gana
La estrategia del Rey
Dime qué piensas, please
La transición de la Monarquía
La Monarquía recibe a la Generalitat
El publibreportaje del Rey
Un gran desafío

2012

El Rey virtual
El golpe del Rey
Palabras y hechos
Pedir perdón
¿Y si no se hubiera caído?

2011

El Rey está desnudo
El pequeño paso del Rey

Diseño de la cubierta:

Lluc Julià

© Antoni Gutiérrez-Rubí, 2014

© Bebookness, 2014

www.bebookness.com

ISBN: 978-84-697-0647-3

Todos los derechos reservados



Monarquía (2011-2014)

**20 artículos de análisis para 4 años convulsos que lo han
cambiado todo**

Antoni Gutiérrez-Rubí

[@antonigr](#)

www.gutierrez-rubi.es

Las señales de Letizia

Publicado en: [El Periódico](#) (7.06.2014)

En el 2011, durante el acto de entrega de los premios Fundación CNSE, la princesa Letizia [finalizaba su intervención](#) utilizando la lengua de signos española (LSE), reconocida oficialmente desde el 2007. No fue un recurso protocolario, tan habitual en la política, con la intención de agradar al público de acogida utilizando su misma lengua. Fue una señal, una actitud, un ejemplo. Aunque fue una intervención breve, se preparó y lo hizo con sentido y compromiso. El hecho, que [pasó desapercibido](#) para la mayoría de la opinión pública, es una metáfora perfecta de los desafíos públicos e institucionales a los que se enfrenta la futura reina: hablará con signos y señales, [más que con palabras](#). Una reina casi silente, pero muy presente. Una reina de liturgias y símbolos. Las formas, una vez más, serán fondo.

Letizia va a estar sometida, todavía más, a un escrutinio feroz que va a poner a prueba su [temple y serenidad](#), y una voluntad férrea para controlar sus instintos y emociones. De [supreparación para el autocontrol](#) y de su capacidad de subordinación al guion que le propongan, convenga o decida (ahí estará parte su posible autonomía), dependerá el «éxito» de su misión. De ella se espera que haga lo que debe hacer, que no improvise, que no sea un verso libre. Al contrario. El juicio de valor permanente e insaciable que escudriñará e interpretará desde el vestuario al rictus, será una constante en su reinado. Su cuerpo hablará. Sus ojos, serán sus palabras; su gesto, la ortografía; su pose, la sintaxis.

Prueba de fuego

Esta presión pública, evaluativa e interpretativa, va a ser una auténtica prueba de fuego para ella, para su matrimonio y para la institución que va a representar. Y pronto va a comprobar, otra vez, como sucedió en su etapa profesional, la norma perversa con la que se juzga a las mujeres en nuestra sociedad. La norma del doble rasero: en igualdad de condiciones, a las mujeres les cuesta el doble llegar a los lugares de responsabilidad, y se las juzga doblemente; es decir, se les perdonan la mitad de los errores que a los hombres. Letizia, aunque sea reina, es mujer, y padecerá una particular mirada misógina y machista a su «[actuación](#)», que se acentuará, todavía más, en el marco de un modelo familiar tradicionalista donde los patrones de comportamiento están tan establecidos. Paradójicamente, de Felipe se espera que sea diferente a su padre y de Letizia que sí se parezca a su suegra. Así estamos. Con el cliché puesto. Se ha instalado una prejuiciosa atmósfera sobre ella. Mientras que nadie duda de la preparación del Príncipe, los temores y rumores sobre la preparación de la Princesa concitan una alianza de intereses contradictorios: desde los nostálgicos que siguen bramando por el carácter plebeyo de su condición (al que hay que añadir su divorcio), hasta los mercaderes de vidas ajenas (que ven en ella un filón inagotable para sus

intereses), que aspiran a ver fracasar la Monarquía por su supuesto talón de Aquiles. Pero Letizia no debería distraerse –ni obsesionarse– en este clima viciado y enrarecido, de estancias con ventanas cerradas, tan propias de los palacios, sino centrarse en diseñar una puesta en escena pública con un papel específico, complementario y autónomo al de mera consorte. ¿Es posible? La esposa de Felipe puede aportar a la Monarquía registros imprescindibles para añadir **capas de legitimidad social al candado institucional**, político y mediático con el que llega tras la abdicación. Será proclamada Reina, pero para ser querida, aceptada y sentida como tal le hará falta algo más que compromisos y acuerdos de Estado. Lo está comprobando estos días con su hija primogénita y heredera al trono, Leonor, princesa de Girona, condesa de Cervera, duquesa de Montblanc y señora de Balaguer, cuyos alcaldes ya **le han pedido que renuncie a estos títulos**.

Asumir u optar

Del grado de conciencia que tengan Felipe y Letizia sobre la diferencia entre la unanimidad o la mayoría de los afectos recibidos, y del apoyo real de la ciudadanía a la institución que representan, dependerá –en buena parte– el éxito de su desafío. Hay una gran diferencia entre aceptar y elegir. Convenir y desear. Asumir u optar. Y no me cabe duda de que **los futuros reyes** saben –y entienden– la diferencia entre **lo posible y lo necesario**. Entre lo impuesto y lo puesto. Entre lo legal y lo legítimo.

La futura Reina puede –y debe– demostrar con su agenda, sus prioridades y sus señales (verbales y no verbales) que no está para servir ni de adorno, ni de muleta. Que su papel de referencia no es el cuché de las revistas, sino el de la identificación con la compleja y diversa sociedad española y, en especial, con los sectores más jóvenes, urbanos y dinámicos, precisamente los más refractarios a todo lo que ella representa. Letizia tiene garantizado el trono, no el éxito ni el crédito. En estas condiciones, no resulta un asiento muy estable ni cómodo. De bajarse del trono va la cosa, no de subirse a él. Esperaremos sus señales

Nuevas generaciones

Publicado en: [El Periódico](#) (2 y 3.06.2014)

El último discurso del Rey ha tenido un nexo común: el hilo generacional. La mención a su padre, [el Conde de Barcelona](#), así como las referencias al Príncipe (y la foto de este con su primogénita, la Infanta **Leonor de Todos los Santos de Borbón y Ortiz**) han marcado el relato de esta intervención. En imágenes y en palabras, nada más y nada menos que cuatro generaciones.

El Rey ha reconocido (su cuerpo también hablaba, mostrando un evidente cansancio) que hay que dar paso a nuevas generaciones que reclaman su papel protagonista. La palabra «nuevas» (generaciones, energías, formas, reformas...) ha sido una constante en su parlamento, que estuvo [exento de autocrítica](#).

La última palabra de su discurso ha sido «corazón». El Rey busca reconciliarse con la ciudadanía apelando a su vocación de servicio y con una emocionalidad contenida. Para alguien como él, el legado y la memoria histórica son fundamentales, y forman parte de su manera de entender la función pública. El Rey necesita [el perdón](#) a sus errores y el olvido de sus excesos o [debilidades](#). Pero ahora deberá vivir su retiro con el agradecimiento que merece más que con el afecto que perdió. En parte, una penitencia.

En el año 2007, en un estudio de tres expertos en marketing, **Balmer, Greyser y Urde**, denominado *Las monarquías como marcas*, se indicaba que cualquier monarquía depende de dos apoyos básicos, el de la gente y el del Parlamento. Si pierde uno de los dos, la monarquía está perdida. Desde octubre del 2011, tal como mostraba una encuesta del CIS, la Monarquía española suspendía por primera vez en muchísimos años, unas cifras que, aunque han ido mejorando, no han cambiado en su fondo. La *auctoritas* lo es todo cuando el poder que se ostenta es simbólico y no ejecutivo, y la monarquía española la estaba perdiendo.

A partir de esa fecha, y especialmente de abril del 2012, [con el asunto de Juan Carlos y su cacería de elefantes en Botsuana](#), los cambios en la comunicación de Zarzuela fueron tan constantes como insuficientes, tanto en la comunicación de la propia institución como, especialmente, en la mayor presencia pública del príncipe **Felipe**. Los achaques de salud de su padre sirvieron de excusa para que el Príncipe pudiera mostrar su capacidad, su formación y su elocuencia. Su gran momento fue su [excelente discurso para la nominación de Madrid como sede olímpica en el 2020](#), aunque la derrota madrileña torció una fantástica puesta en escena del Príncipe de Asturias y de sus contactos.

Ayer, el Príncipe regresaba de otro viaje en El Salvador, donde asistió a la ceremonia de investidura del nuevo presidente, **Salvador Sánchez Cerén**. Era la sexagésimo novena toma de posesión a la que asistía el Príncipe de Asturias desde que comenzó a representar a España en las investiduras de presidentes latinoamericanos, en enero de 1996. El proceso de aprendizaje ha sido largo, y su preparación, enorme. Nadie duda de que

esté listo para suceder a un rey, aunque está por ver si la sociedad está lista para otro rey.

El Monarca ha recordado que su principal compromiso fue que «los ciudadanos fueran protagonistas de su propio destino». Reivindicaba la democracia y ponía a su servicio la institución. Quizá el príncipe **Felipe**, antes de ser **Felipe VI**, siga –con renovada visión, misión y energía– esta senda. Y desee –más que suceder y relevar– servir y devolver a los ciudadanos el protagonismo de su destino. Sería su mejor contribución. Condicionar su reinado a un referendo que abriera, de par en par, una nueva oportunidad para decidir juntos cómo seguir. Lo consiga o no, lo piense o no, lo quiera o no, España necesita un nuevo proceso constituyente más que [un relevo in extremis](#) .

Monarquía, in extremis

Publicado en: El País (2.06.2014)(blog 'Micropolítica')

El Rey no ha superado la prueba de estrés institucional y político que las graves y acumuladas crisis de imagen y reputación han producido en su entorno (o que ha provocado él mismo). **Abdica** porque no puede más. Tampoco estaba asegurado que su **última ofensiva de imagen** produjera réditos positivos con el volumen y caudal de **beneficios suficientes** como para paliar las graves grietas de confianza en la Corona y en su persona. El deterioro institucional ha ido acompañado de un desgaste físico evidente y, en algunos casos, con una innecesaria exposición pública sobre sus facultades para desarrollar, con normalidad y exigencia, la función de Jefe de Estado.

La abdicación llega en un momento convulso y reabre todas las preguntas sin garantizar suficientes respuestas. El Rey abdica in extremis... en búsqueda de nuevas oportunidades para la Institución y para España, y con el deseo de ser perdonado por el recuerdo y el agradecimiento. Un deseo anhelado y buscado con afán. Abdica por **necesidad y urgencia**, no por voluntad y tranquilidad. Este va a ser el punto débil del proceso. El Rey, que tuvo un papel destacado en la Transición Española, no ha sido capaz de hacer –en tiempo y forma– **la transición de la Monarquía**. Su testarudez, sus obsesiones, **sus errores** y un ego de dimensiones históricas han abocado a la Institución al colapso. Y ahora, como entonces, una parte significativa de la sociedad española se plantea: ¿transición o ruptura? ¿Felipe VI o la III República?

Esta abdicación no va a ser tranquila, **aunque se empeñe y lo garantice Rajoy**. Obligar a las fuerzas políticas centrales a soportar y apuntalar la sucesión en el peor de los momentos de su credibilidad y legitimidad.

El margen de Felipe VI para sumar a la legitimidad sucesoria y constitucional una dosis adicional –e imprescindible– de **legitimidad social y política** es estrecho, y muy difícil (a pesar del afecto y reconocimiento que se ha ganado el Príncipe con su **preparación** y **dedicación**). Pero también se abren posibilidades desconocidas y no contempladas para crear nuevas condiciones políticas, quizá, de **actualización y nuevos pactos de convivencia**, como ya anunciara el Rey en su mensaje del año pasado.

El Príncipe Felipe, antes de aceptar (o mejor dicho, *para aceptar*) ser Felipe VI, podría impulsar un referéndum sobre la Monarquía. ¿Es tan descabellado? ¿No sería esta su primera y gran contribución al país en el que nació para servir a sus intereses? La política reclama osadía. Hacer posible lo necesario. Y no simplemente lo posible. El Príncipe se encuentra frente a un doble desafío: el de la Historia, el linaje, las leyes y los intereses... y el de la sensibilidad de la sociedad española, que antes que súbdita es ciudadana. España está, seguramente, en estado *game over*. Esta *sucesión* debe ser gestionada como si fuera una *elección*... o fracasará en términos de imagen, reputación y consolidación.

En cualquier caso, esta abdicación llega in extremis, con múltiples crisis: económi-

ca, territorial, social e institucional. España tiene la **autoestima** por los suelos, como confirma –sin rodeos– el **último barómetro** del Real Instituto Elcano. Y la crisis política coincide con una profunda brecha social: el 27,3 % de la población española está en riesgo de marginalidad, según los datos presentados, sin paliativos, en el último INE. Hacer coincidir todos estos desafíos con la sucesión, a la que se llega con la máxima debilidad política e institucional, tiene bastantes riesgos. Y oportunidades.

Espero que el Príncipe, que ha sabido esperar, no tenga ahora prisas. Y que *entre las condiciones que debería poner* incluya las reformas que su padre y sus coetáneos no fueron capaces de hacer por cobardía, comodidad y conveniencia. ¿Es posible? De ello depende su corona.

¿El Rey tuitero?

Publicado en: El País (21.05.2014)(blog 'Micropolítica')

Nunca es tarde. La Casa Real ha anunciado esta mañana que abrirá su [cuenta oficial en Twitter](#) . La noticia se da a conocer en pleno debate sobre el crecimiento del odio y la impunidad en las redes sociales y sobre el posible carácter delictivo de algunas prácticas y comportamientos de sus usuarios. Un debate que coincide, también, con indisimulados proyectos para regular (limitar) [la capacidad crítica y de protesta](#) de la sociedad española y con las [últimas revelaciones](#) judiciales en relación a que la Agencia Tributaria señala al yerno del Rey como la persona que ideó un sistema para defraudar.

La primera contribución positiva del Twitter del Monarca tiene que ver con su oportunidad. Ahora que se ha abierto un debate (que va desde la honesta preocupación a la histeria interesada), la cuenta de la Casa Real viene a normalizar y serenar –dado el carácter excepcional de su titular y como ya han hecho todas las otras monarquías– algo que la mayoría de instituciones, organizaciones, empresas y personas ya saben: Twitter es una gran oportunidad. Con retos y límites, pero es un ecosistema –fuertemente relacionado con otras redes digitales– que ofrece extraordinarias posibilidades para la comunicación, la reputación o el servicio público, como bien constata, también, [la propia Policía](#), que ha hecho de su cuenta de Twitter un ejemplo líder global de calidad, creatividad y estrategia en la gestión. O sea que: menos agitación espasmódica y más reflexión ordenada.

El Twitter del Rey confirma lo que es más que evidente: la Casa Real está centrada [en su última –y definitiva– estrategia de comunicación](#) para recuperar la imagen y la reputación del Monarca. La descarada filtración de que la Casa Real había encargado unas [encuestas internas](#) (¿podían hacerlo? ¿justo ahora que el CIS ha dejado de preguntar por la monarquía en sus series periódicas?) para confirmar demoscópicamente que, finalmente y ahora sí, el Rey empieza a recuperar el paso firme –físico y político– son parte de este esfuerzo titánico y a contrarreloj que los responsables de comunicación se han autoimpuesto.

Los primeros tuits, el *look* general, y [la dinámica de gestión](#) de las primeras horas –que no es previsible que modifiquen– parecen indicar una estrategia conservadora, fuertemente institucionalizada, sin rastros de diálogo posible, ni registros formales o técnicos de *nueva comunicación*. La cuenta no está pensada para establecer un espacio formal, aunque fuera rígido y muy protocolizado, que permita un encuentro horizontal y abierto con la *ciudadanía tuitera*, sino como un aparador digital que no altera las ecuaciones de privilegio, posición o jerarquía entre quien habla y quien interactúa. Así lo afirman, sin rodeos y con prevención, en sus '[normas de uso](#)', cuando confirman que la cuenta «tiene como objetivo informar a los usuarios sobre las actividades de la Familia Real, así como las derivadas de la Casa de Su Majestad el Rey. Se trata de un perfil institucional, en ningún caso de un perfil personal».

La tentación por la previsibilidad, el control y la apariencia hará de este canal un espacio plano, con publireportajes fotográficos constantes y una narrativa secuencial y ordenada sin tensión informativa y, mucho menos, ciudadana. Aún es pronto para hacer un análisis riguroso que no devenga, involuntariamente en prejuicio o cliché precipitado, pero todo parece indicar que *el pájaro del Twitter del Rey* está dentro de la jaula. El Rey tiene Twitter, sí. Pero, para entendernos, eso no le convierte en un *tuitero*. Eso sí que sería una noticia. Y un cambio real. El que quizá le convendría. Menos artificio previsible y más evolución y transformación. Nunca es tarde, es cierto. Pero cuando se llega el último, hay que ser el primero.

Escucho voces

Publicado en: El País (24.12.2013)(blog '[Micropolítica](#)')

El discurso del Rey de esta noche me parece modesto y prudente. Puede ser que ahí radique su importancia, su nueva singularidad. Un Rey quizá más consciente de su papel institucional y con menos pretensiones de árbitro o de mediador para las que no tiene mandato constitucional alguno –conviene recordarlo siempre–, ni margen de credibilidad ni reputación suficiente, creo. Un Rey que anima, simplemente. «La Corona promueve y alienta», dice el Monarca, también «invita». Hasta ahí.

Un discurso con algunas omisiones que ya empiezan a ser normalizadas, por repetidas, como no citar, expresamente, a la Familia Real o a la Reina. Y con algunas inexplicables ausencias de palabras con gran relevancia en la actualidad como, por ejemplo, la corrupción, el segundo problema de los españoles (que él conoce muy bien) y que es nuestra auténtica y *real ciclogénesis explosiva*. Sorprende, también, la ausencia de la tradicional y previsible mención a las Fuerzas Armadas o la referencia a los cooperantes. Citar a los periodistas españoles secuestrados en el mundo habría sido un gesto de calidad conveniente que no se ha producido. Lástima.

Tampoco ninguna referencia directa al Gobierno o a la agenda reformadora gubernamental. Que el concepto o la idea no aparezca es significativo (aunque sea difícil de interpretar), pero sí aparece la palabra *reformas* en el fragmento en el que «invita a las fuerzas políticas a que, sin renunciar a sus ideas, superen sus diferencias para llegar a acuerdos que a todos beneficien y que hagan posibles las reformas necesarias para afrontar un futuro marcado por la prosperidad, la justicia y la igualdad de oportunidades para todos». Renunciar a la expresión «Unidad de España», en favor de lo «que nos une», parece un gesto prudente y de carácter conciliador. El Rey ha medido sus palabras. El Gobierno debería seguir esta senda.

La novedad no está solo en las ausencias o los cuidados matices, sino en ideas que asoman tímidas en su texto. El Rey parece que escucha voces, o al menos reconoce que existen: «Es verdad que hay voces en nuestra sociedad que quieren una actualización de los acuerdos de convivencia» (en una clara alusión a nuestra arquitectura institucional y al debate sobre la conveniente, para muchos, reforma constitucional). Voces que son la expresión de «una sociedad española que reclama hoy un profundo cambio de actitud y un compromiso ético en todos los ámbitos de la vida política, económica y social que satisfaga las exigencias imprescindibles en una democracia».

El Rey, con este discurso, parece que renuncia a utilizarlo como parte de un plan personal de rehabilitación política o mediática. Habla muy poco de él. Mejor. Aunque se reivindica en su rol institucional cuando afirma: «mi determinación de continuar estimulando la convivencia cívica, en el desempeño fiel del mandato y las competencias que me atribuye el orden constitucional, de acuerdo con los principios y valores que han impulsado nuestro progreso como sociedad»; que concluye con una promesa, de

carácter autocrítico, y que pareciera conectar con las voces que parece escuchar: «asumo las exigencias de ejemplaridad y transparencia que hoy reclama la sociedad».

El Rey ha explorado hoy, con sus palabras y su actitud, el único –y el último– modelo de proyección pública. El que acepta su edad y su condición, sin pretender ser un fenómeno de la naturaleza ni un icono intocable al que respetar con gratitud eterna. Ahí, en esta zona más humilde, más sencilla, menos extraordinaria (nada de estar sentadito en el canto de la mesa) puede reencontrar algo del afecto perdido y de la consideración dilapidada. Con este perfil más sobrio, parecerá más austero y algo más sabio. Ambas cosas le convienen. Pareciendo más responsable, y menos superhombre (sin caza, ni vela, ni otros deportes de riesgo), le va a ir mucho mejor.

Espero que ahora que se ha repuesto, afortunadamente, de su última cuestión de «tornillos» (como a él mismo le gusta referirse cuando habla de sus enfermedades y lesiones), pueda centrarse en seguir escuchando voces. Las de la calle. Las que nunca debió ignorar, olvidar o desconsiderar. De momento, parece que las reconoce. Un primer paso, sin muletas, aunque la distancia que debe recuperar es larga y el tiempo es limitado. Veremos en 2014.

La batalla de Tesino

Publicado en: [El País](#) (20.09.2013)

La rueda de prensa que el viernes por la tarde se celebró en La Zarzuela puede tener trascendencia histórica. Y no solo por los datos y explicaciones que el reforzado equipo médico nos trasladó sobre la recaída de la enfermedad del Rey, sino por el hecho, en sí mismo, de cómo se produjo la rueda de prensa: sus preparativos, su desarrollo y, quizá, los cambios que se pudieron intuir y que tal vez anticipen nuevos estilos y sensibilidades en la política de información y comunicación de la Casa del Rey.

La comparecencia nos ha permitido conocer mucho más para la inmensa mayoría de los ciudadanos, los rostros y las explicaciones de personajes clave en la vida del Rey: el responsable de sus servicios médicos y, en especial, el papel protagonista del Jefe de la Casa, Rafael Spottorno Díaz-Caro, quien ha abierto y liderado las respuestas de naturaleza institucional y política. Y hemos descubierto, con agradable sorpresa, el estilo directo y práctico (no exento de la máxima prudencia médica) del nuevo médico que operará al Rey: Miguel Cabanela, un número uno en medicina de la cadera que lleva más de 40 años operando fuera de nuestro país. Habla como lo que es: un cirujano, preciso y quirúrgico. Cabanela ha aportado un estilo diferente, por franco, entre tanta sutil frase subordinada con la que, habitualmente, se resuelven estas ruedas de prensa.

El encuentro con los medios, retransmitido en directo, ha estado precedido por muy fuertes rumores sobre la abdicación del Rey —decisión personal—, o por una posible inhabilitación que abriría el paso de una regencia —decisión política de las Cortes Generales—, en el caso de que no pudiera cumplir con sus funciones. Ambos extremos han sido descartados con rotundidad por Spottorno. Pero durante horas las redes sociales, y los medios de comunicación, han creado un estado de alerta y máxima expectación. De nuevo, la comunicación social va más rápida que la institucional. La celeridad en la convocatoria, así como su carácter inusual y diferente, han disparado las interpretaciones. Un síntoma de que hablamos de la salud de un paciente, pero nos preocupa la salud de la Institución, sometida a un juicio severo por parte de la ciudadanía en los últimos años.

La mesa de la rueda de prensa estaba frente a un gran tapiz: La batalla de Tesino. Una obra de finales del siglo XVI, que reproduce escenas de la batalla entre la caballería cartaginesa y la infantería romana durante la Segunda Guerra Púnica. Se enfrentaron dos conceptos de ejército. Ligero frente a pesado. En movimiento frente a estático. Rápido frente a lento. Ganó Aníbal. Es poco probable que los responsables de comunicación de la Casa del Rey hayan escogido esa ubicación (pesada y del pasado) por la interpretación polisémica del tapiz. Pero es, paradójicamente, una buena metáfora de cómo funciona hoy la comunicación. Los rápidos y ágiles ganan a los lentos y torpes.

La Casa del Rey se enfrenta a retos y desafíos que solo podrán ser superados con rapidez, transparencia, claridad y efectividad. Ayer se vieron sus actuales límites... y

también ligeros trazos de estas condiciones necesarias, aunque no se conciban —quizá todavía— como una estrategia coordinada y orientada a liderar la comunicación, sino para hacer frente a los hechos, que es muy diferente. Veremos qué sucede en los próximos días. Cómo entiendan la comunicación demostrará cómo entienden el rol de la Institución en la sociedad española contemporánea. Ahora empiezan las preguntas. Prepárense a un alud. Lo querremos saber todo. Se acabaron los súbditos, es tiempo de ciudadanos.

Madrid pierde, el Príncipe gana

Publicado en: El País (8.09.2013)(blog [‘Micropolítica’](#))

Sin duda, [la intervención](#) del Príncipe de Asturias ha sido una pieza memorable y destacable, aunque no haya podido ser decisiva. Si se ha perdido, no ha sido por él. Su profesionalidad en el discurso final ha demostrado que España tiene en su figura una apuesta de futuro fundamental. Estas son las claves de análisis.

Lenguas. El Príncipe ha hablado en francés e inglés (los idiomas olímpicos) y, evidentemente, en español para remarcar su valor vehicular de lengua común entre los pueblos latinoamericanos con una amable y simpática mención a Argentina.

Comunicación no verbal. Su rostro ha expresado sentimientos, convicciones, recuerdos y deseos. El acompañamiento gestual y corporal, así como el movimiento de manos, ha sido ensayado con eficacia y solvencia.

Escenario. En todo momento, sabía a quién hablaba y dónde estaban las cámaras. Su orientación y alineación de la cabeza estaban siempre en coherencia, buscando la comunicación visual con cada grupo de destinatarios.

Storytelling. Un texto bien construido, con un recorrido sólido como deportista, padre y Príncipe. Su trayectoria como compromiso y como crédito. Los argumentos finales bien expresados, simple y claramente.

Complicidad. Constante. Con los compañeros de la candidatura, con los miembros del COI y con los espectadores. Las referencias a Pau Gasol y a la Alcaldesa (sin citarla) como representante de la ciudadanía madrileña han estado en su punto y han sido oportunas.

Grecia. La referencia a su madre (no ha citado al Rey) y su influencia griega –de herencia la ha cualificado– ha sido destacable y sorprendente. Con varias lecturas posibles. Y un puente natural para hablar de los clásicos: Aristóteles, Platón y Sócrates.

Hijos e hijas. La alusión a los futuros hijos de Pau Gasol (sobre lo que bromeó el deportista) y la relación con sus hijas... (*jugarán juntos, harán deporte juntos, tienen un futuro compartido*) es especialmente significativa en un momento de tensión territorial como la que vivimos en las relaciones Catalunya-España.

Pasión. «Con todo mi corazón» ha dicho, y así lo ha transmitido y mostrado. El Príncipe más encantador y atractivo (impecable vestuario y corte de pelo) ha estado atento, simpático y afectuoso. Ha roto con la imagen de frialdad que a veces transmite por exceso de rigor, control o tensión.

Estrategia: «Los beneficios del deporte se miden en generaciones, no en dólares» dijo el Príncipe. Sorprende que la candidatura haya puesto tanto empeño en lo económico –y los posibles brotes verdes del momento actual– y en la materialización de las obras olímpicas. Quizá un mejor enfoque a lo que podemos aportar al mundo (más que lo que podemos recibir del olimpismo) hubiera sido clave y decisivo. Siete años son muchos... y los miembros del COI piensan en el futuro, no el presente.

Equipo. Si el Príncipe ha estado a la altura... no creo que se pueda decir, honestamente, que lo hayan estado los demás. La calidad de oratoria y de discurso de [Mariano Rajoy](#) , por ejemplo, era mejorable, como mínimo. Estas presentaciones tienen un efecto coral. Y tener un buen final puede no ser suficiente, si no tienes un buen inicio. Ser simpático puede no bastar, y hacer lo que se puede y no lo que se debe, tampoco.

Balance. Madrid ha perdido, pero el Príncipe ha dado un paso muy sólido hacia el futuro. Por actitud, disponibilidad y solvencia. Madrid no sé si tendrá otra oportunidad... pero el Príncipe reclama la suya. Hoy lo ha demostrado.

La estrategia del Rey

Publicado en: El País (18.06.2013)(blog '[Micropolítica](#)')

Último intento. Los estrategas de SM el Rey Juan Carlos I han diseñado un milimetrado plan de rehabilitación: física e institucional. La salud del monarca, afortunadamente, se recupera más pronto y rápidamente que su salud política, y ahí, precisamente, parece radicar el reto y el problema. Los recientes datos demoscópicos publicados acreditan el poderoso desgaste de la institución y el profundo deterioro de su imagen [pública personal](#).

Este nuevo plan se centra en una interpretación activa de la función de «arbitrar y moderar el funcionamiento de las instituciones» ([Artículo 56 de la Constitución Española](#)) y el impulso a los «grandes acuerdos de estado entre las principales fuerzas políticas», tal y como así lo airean permanentemente fuentes de la Zarzuela. Pero esta función, y conviene recordarlo, no se puede ejercer discrecionalmente sino a través de los procedimientos previstos en la propia Constitución. Por ejemplo, entre las competencias reguladas del Rey ([art. 62g CE](#)) está la de ser «informado de los asuntos de Estado» y, eventualmente, puede «presidir, a estos efectos, las sesiones del Consejo de Ministros, cuando lo considere oportuno, a petición del Presidente del Gobierno». Una lectura rígida de esta norma reduciría esta potestad informativa a la canalizada por el Presidente y el Consejo de Ministros. Nada más. Nada menos.

Esta precisión constitucional, en la regulación de la Corona, se enmarca en la voluntad de los constituyentes para que el Rey no tuviera margen político autónomo. Muy diferente, por ejemplo, del Reino Unido, donde la función más importante de la Corona es «advertir, animar y ser consultada» en los asuntos de Estado, como se solemniza semanalmente en las reuniones entre la Reina y el Primer Ministro británico.

En este contexto, sorprende la inusual iniciativa del Rey de «[presidir un almuerzo](#)» ofrecido a los miembros del consejo permanente del Consejo de Estado, supremo órgano consultivo del Gobierno ([art. 107 CE](#)). Nunca antes, en 38 años de reinado, había sucedido. La cita de hoy, a la que asistirá [Soraya Sáenz de Santamaría](#), vicepresidenta del Gobierno, es –cuando menos– excepcional y novedosa. Es cierto que un almuerzo no es formalmente una reunión..., pero a nadie se le escapa el profundo significado político de esta decisión. Si el encuentro es una gentileza real, quizá no hay discusión. Pero si es realmente una sesión de trabajo y consulta, se debe advertir que ni en la Constitución ni en la Ley Orgánica que regula el Consejo de Estado está previsto que pueda aconsejar o informar al Rey. Tampoco recibir indicaciones. Y si, además, como se ha filtrado desde la Zarzuela, lo que se propone el Monarca es seguir «impulsando el espíritu pactista», entonces, tenemos un problema.

Desconozco si el Rey, en una ofensiva relacional para garantizar una ampliada y renovada función de servicio público a través del impulso «a los grandes acuerdos», necesita consejo o asesoramiento adicional. O si bien cree que debe, por el contrario,

darlos él. Pero abrir el melón de una mayor autonomía política de su figura, para mejorar su imagen o para desbloquear diálogos políticos, es entrar en un terreno difuso –y peligroso– con precedentes históricos nefastos. Una «charla distendida para tomar el pulso al país», con estos distinguidos consejeros, no es una nimiedad simpática, cordial y campechana: es una iniciativa política encaminada a reubicar la función del Rey. El «borboneo» –tradición y tentación– debe quedar desterrado políticamente, definitivamente, si no queremos que el destierro sea el institucional.

Los problemas [de comunicación](#) y [de imagen](#) del Rey no pueden resolverse forzando las costuras institucionales, ni atribuyéndole funciones no previstas por nuestras leyes. Es una cuestión muy seria. La coincidencia de este almuerzo en la misma semana que el PP y el PSOE suscriben su acuerdo político para mantener una posición común en el próximo Consejo Europeo permite escribir un guión perfecto: el acuerdo entre el Gobierno y la oposición es fruto del buen hacer del Monarca, en su renovada etapa de servicio a la democracia española. De verdad, ¿esta es la estrategia? ¿Apuntalar la monarquía sobre [los dos partidos](#) «que tienen la mayoría del voto de los españoles y, por tanto, la responsabilidad de sacar adelante el país?» ¿No hay otras ideas?

El *rescate* del Rey –acordado y pactado, instrumentalizado mutuamente– puede dividir al país, aún más, respecto a su figura, a la institución y a su papel en la sociedad y democracia españolas. Y este acuerdo [ya ha crujido](#), hace poco, cuando se ha forzado un [relato propagandístico](#) sin sutilezas, como en [el reportaje de TVE](#) sobre [el día a día](#) del Rey y sus iniciativas «políticas». En vez de apuntar a las reformas imprescindibles de toda nuestra arquitectura institucional (incluida la Monarquía), parece que vamos a apuntalarla, y a vivir de la renta histórica y emocional de la figura del Rey en la historia reciente de España.

La rehabilitación del Rey no puede ser percibida como la rehabilitación del cuestionado bipartidismo, y viceversa. España es hoy mucho más plural, diversa y rica. Los retos territoriales, muy serios. Y los debates están más abiertos que nunca. Esta opción estratégica puede beneficiarse, inicialmente, de la necesidad que tiene el país de acuerdos y pactos... pero si estos son a costa de las [reformas y cambios inaplazables](#) de la Monarquía, sus protagonistas solo ganarán un tiempo que, en política, no siempre resuelve los problemas, sino que los empeora.

Dime qué piensas, please

Publicado en: El País (3.04.2013)(blog '[Micropolítica](#)')

Mientras el Rey sigue su proceso postoperatorio, el juez Castro ha decidido, finalmente, imputar a la infanta Cristina en el 'caso Urdangarin'. El juez se ha tomado su tiempo, por método procesal y actitud garantista. La imputación culmina —y a la vez abre— una etapa. Todos los miembros de la junta directiva del Instituto Nóos están imputados, incluido Carlos García Revenga, el primer empleado de la Casa del Rey imputado en un proceso judicial, y que entró a su servicio en La Zarzuela hace casi 20 años.

Las nuevas pruebas (los correos aportados por Diego Torres, otro de los imputados) han sido, quizá, decisivas para la decisión del juez, tal y como deberá constar en el auto judicial. En uno de ellos, Iñaki Urdangarin se dirige a su esposa por correo electrónico pidiéndole consejo sobre unas actividades relacionales y promocionales de su lucrativa organización, al tiempo que se disculpa por no haberla informado antes: «Gracias mi amor, a veces por no saber lo que piensas voy más perdido, pero mi reacción no es la de dejarte así». Y concluye con un «Léelo y dime lo que piensas, please». Parece que hay amor, explícito e implícito, en la correspondencia. Pero también cooperación, colaboración y posible relación jerárquica. Y esto es lo nuevo y grave para quien había pasado como una esposa que ignoraba todo. Amor ciego, le llaman. Ahora sabemos que, posiblemente, haya algo más que amor.

Este golpe no es, por posible y previsible, menos doloroso y brutal para la imagen de la Corona y del Rey. La infanta decidirá su suerte el próximo día 27, día de su declaración ante el juez. Pero Juan Carlos I, y la Casa del Rey, no puede aguantar 25 días más sin dar explicaciones. Y sin tomar la iniciativa y ofrecer una salida al estado de *shock institucional* en el que nos encontramos. Además, otras informaciones han socavado más el agujero de confianza política entre la ciudadanía y el Jefe del Estado.

El deterioro es profundo. Y reclamará medidas de choque excepcionales e históricas. Todo lo contrario de lo que va a suceder: se utilizará el derecho a la presunción de inocencia y el carácter preliminar del proceso judicial para no mover ficha, resistir, y protegerse tras la responsabilidad de los partidos mayoritarios y del Gobierno. Pero nos encontramos en el caso de la teoría del ahogado: si le das la mano, te hundes con él. Necesita un salvavidas y una boga. La democracia española está por encima.

El Rey debe contemplar y completar su rehabilitación física con la rehabilitación política de la Institución. Curiosamente, la misma palabra sirve para lo físico, lo ético y lo político. También para lo judicial, pero esto veremos si sucede y cómo. La rehabilitación personal difícilmente podrá tutelarla y pilotarla. Pero ahora toca hacer historia, antes de sucumbir a ella.

El Rey debe pedir comparecer ante el Congreso de los Diputados para dar explicaciones (todas), proponer soluciones (abdicación, regencia o continuidad) y ofrecer una

amplia gama de reformas, una auténtica *transición de la monarquía* hacia un diseño institucional más acorde con los tiempos y la sociedad española. Se trata de una medida excepcional que puede hacerse sin humillación, pero que rescataría la dignidad perdida. Aunque sea duro, puede ser necesario. El Congreso, representante de la soberanía de los ciudadanos, sabrá encontrar el formato más adecuado para este momento excepcional. Sin servilismos ni privilegios innecesarios, pero con sentido común.

Un gesto así, un gesto sincero, profundo, real... haría grande al Rey. Nos daría una oportunidad democrática y política. Residenciaría en las Cortes, y no en los juzgados, el futuro de la Jefatura del Estado y nos permitiría preguntarle, directamente: *Dime lo que piensas, please.*

La transición de la Monarquía

Publicado en: [El País. La Cuarta Página](#), 4.03.2013

¿Pueden ser el peso de la historia, la legalidad constitucional o el agradecimiento ciudadano argumentos suficientes para garantizar la vitalidad de la institución monárquica en la sociedad española hoy? Es obvio que, en la redacción actual de la Constitución Española, la Corona tiene claramente [asignadas unas funciones](#) y un rol institucional incuestionable: nada más y nada menos, que el de la Jefatura del Estado. Pero desde hace tiempo –y en medio de otras extendidas reflexiones sobre la necesidad de iniciar una segunda Transición, o reiniciar nuestro sistema institucional que pudiera incluir una reforma de la Constitución– la sociedad española se pregunta por sus instituciones, sus símbolos y sus funciones.

Al deterioro de la política y del conjunto de nuestra arquitectura institucional, hay que añadir el particular y acusado desgaste de la Corona, en términos de opinión pública y de confianza. Los casos de presunta corrupción que han afectado a un miembro de la familia real, así como los recientes [errores y desaciertos](#) del Rey, han acelerado este proceso. Incluso hay quien considera que ha llegado el momento de que esta posible nueva etapa suponga, también, cambiar nuestra configuración del modelo de [Monarquía parlamentaria](#) por otra de forma política republicana.

¿Es, pues, la legalidad actual de su estatus el único argumento de peso para justificar la permanencia y la continuidad de esta institución? ¿Es, en definitiva, su pasado –sus méritos, sus contribuciones y sus éxitos–, el argumento para minimizar sus deficiencias y obviar los debates? La respuesta es no. Rotundamente no. La única justificación política para que la Monarquía permanezca ([con abdicación](#) o sin ella) en nuestra sociedad es que sea realmente útil a esta. Lo que justifica la excepcionalidad de su figura y su función es que su utilidad, su ejemplaridad y su funcionamiento sean los nutrientes de una renovada legitimidad. Imprescindible e inaplazable.

El consenso constitucional sobre la Corona resultó de la síntesis y del pacto constituyente. Síntesis que se expresa en la forma de la Monarquía parlamentaria, en la que su poder efectivo, *potestas*, es mínimo a cambio de realzar su *auctoritas*. En este contexto, es indiscutible que las [funciones de representación simbólica y de moderación arbitral](#), que le asigna la Constitución, exigen prácticas y comportamientos de excelencia democrática y ética para poder, precisamente, seguir cumpliendo con su alta misión, como un factor de estabilidad y continuidad del sistema constitucional y de imparcialidad y neutralidad políticas.

Es precisamente este el punto clave, a mi juicio, del debate para reconstruir el futuro: qué cambios (qué transición) debe llevar a cabo la Corona para poder ejercer útilmente su papel en la sociedad española actual. Su relegitimación pasa por reforzar la estrecha vinculación entre Monarquía y democracia, en un momento en que la regeneración democrática de nuestro sistema político se ha convertido en una exigencia clamorosa.

Tres deberían ser los pilares de este reajuste institucional: una Monarquía cívica (*republicana*, podríamos decir), útil (reformada) e integradora (plural). Se trataría de un proceso urgente de adecuación de la excepcionalidad de aquel momento histórico a la normalidad democrática y a la secularización cívica del momento actual. El marco jurídico y el impulso político de este reajuste podrían encajarse con diversas iniciativas legales. Pero, sobre todo, con una decidida voluntad de la Corona y de la familia real de renunciar, voluntariamente, a cualquier privilegio e impulsar un campo de reformas que les relegiten desde la perspectiva de un nuevo contrato de servicio público con la sociedad española.

1. Una Monarquía transparente. No hay razón alguna para que la Corona y la **Casa Real** no estén sometidas, como institución que **recibe recursos públicos**, a toda la legislación que favorezca la transparencia y combata las zonas grises, como pretende la **futura Ley de Transparencia**. Necesitamos una Monarquía que haga de la ejemplaridad cívica su norma de conducta. Esto incluye que los miembros de la familia real hagan públicas sus rentas y patrimonios, así como someterse al control por parte del **Tribunal de Cuentas** («supremo órgano fiscalizador de las cuentas y la gestión económica del Estado»). Saber dónde invierten sus patrimonios, qué donaciones personales hacen o qué rendimientos obtienen es necesario y conveniente, más que nunca. Se trata, además, de que sus miembros tengan dedicación exclusiva a su misión institucional. La Monarquía y los negocios privados son incompatibles.

2. Una Monarquía simple y eficaz. Una readecuación de sus estructuras y servicios. Hay que hacer más con menos. La descripción de competencias y servicios de todos los funcionarios y profesionales que trabajan para la institución debe ser pública. Necesitamos una *reingeniería* de **su organigrama**, con una mejor orientación a las funciones de servicio público. Todo más sencillo, simple y próximo. Junto con una delimitación exacta y clara de la configuración y atribuciones de los miembros de la familia real.

3. Una Monarquía modesta. Los salarios públicos que **se asignen al Rey y al Príncipe** no pueden ser superiores a los del presidente de Gobierno. No hay razón alguna para que el Jefe del Estado, con todos los gastos pagados, **cobre casi cuatro veces más que nuestro presidente**. No se comprende lo que no se entiende. Y lo que no parece razonable nunca llega a ser justo, ni a estar justificado. Además, la Casa Real solo paga, de la asignación pública que recibe, **a 18 de los 500 funcionarios y empleados** que son soportados por las cuentas públicas del Estado.

4. Una Monarquía «civil». El jefe de la Casa del Rey debe ser elegido por el Parlamento español y el proceso de selección, evaluación y nombramiento debe ser público y transparente. Se debe reforzar su función ejecutiva y directiva. La Casa del Rey no está al servicio de la familia real sino del Estado, a quien debe corresponder a través de las Cortes supervisar su funcionamiento, no solo financiar su existencia. Un cambio de óptica radical se impone si queremos erradicar la percepción y la realidad de excepcionalidad, más propia de antiguas pleitesías sometidas que de una moderna cultura democrática.

5. Una Monarquía útil y funcional. La Corona debe tener un estatuto que defina su misión pública de manera ordenada, transparente y valorable. Hay que establecer una

fuerte vinculación entre el Parlamento y la Casa Real para el desempeño institucional de la Corona, con planes de actuación claros y precisos que puedan ser debatidos e incluso aprobados en las Cortes. Una rendición de cuentas por objetivos, así como una agenda pública, claramente asociada a los mismos, debería configurar esta dinámica de renovado servicio público.

Un estatuto que permita abordar, con normalizada previsión también, el relevo institucional del jefe del Estado, y que evite la traumática sucesión por razones biológicas. Cuando una institución solo puede cambiar por defunción es una institución extraña, cuando menos. La limitación de edad que tienen otros servidores públicos en nuestro ordenamiento legal bien podría ser una referencia a tener muy en cuenta.

6. Una Monarquía integradora. Finalmente, además de estos cambios instrumentales, la Monarquía debe simbolizar, especialmente, la pluralidad. También de los ciudadanos que preferirían otra forma de Estado, así como otra España. Que la Monarquía parlamentaria esté recogida por la Constitución no significa que solo pueda representar a los ciudadanos que hoy la ratificarían sin reformas, ni cambios, por ejemplo. La institución como tal debe reconocer y acoger todas las sensibilidades, incluso las más refractarias, si quiere encajar su utilidad y su aceptación con la pluralidad y la diversidad de España. Es esta vía, precisamente, la que mejor garantiza la continuidad de nuestro proyecto común: que sea diverso, no uniforme. La defensa de los valores y la cultura democrática es su principal servicio.

En definitiva, estas reformas, y esta renovada misión, pueden contribuir e inspirar otros cambios institucionales que España necesita. El [reajuste político](#) debería empezar con una Monarquía de valores, prácticas y funciones más republicanas y cívicas. No es un contrasentido, todo lo contrario: es, quizá, el único sentido posible para esta institución en la sociedad española de hoy.

La Monarquía recibe a la Generalitat

Publicado en: El País (31.01.2013)(blog 'Micropolítica')

Hoy ha sido el día. El Jefe del Estado ha recibido al *President* de la Generalitat de Catalunya, que ostenta -además y paradójicamente- la representación ordinaria del Estado en Cataluña. La Generalitat como Institución, hay que recordarlo, está formada por el *Govern*, el *Parlament* y el *President* ([Artículo 2](#) del *Estatut d'Autonomia de Catalunya*). Distinción, identificación y configuración que articulan una concepción del autogobierno muy específica y con larga y profunda tradición en el mundo simbólico del poder y su representación en Cataluña. Es decir, que la Institución es algo más que un gobierno, de la misma manera que su *President*, sea cual sea su orientación o fortaleza política, es algo más que *su jefe*.

Es el día, también, en que el presidente del Gobierno español, Mariano Rajoy, recibirá un informe de la Abogacía del Estado con los escenarios y las sugerencias posibles para impulsar un recurso -o reacciones- a la «*Declaració de sobirania i el dret a decidir del poble de Catalunya*» aprobada por una amplia y legítima mayoría en el Parlament de Catalunya. La impugnación frente al Tribunal Constitucional es una de las opciones. Escenario que contrasta con la opinión jurídica y política mayoritaria (aunque con [algunas notables excepciones](#)) que cree que una declaración sin «valor jurídico» tiene una gran «dificultad técnica» para que prospere la impugnación en el Alto Tribunal.

El posible recurso no coincidiría, claramente, con la opinión del propio Rajoy, que se atrevió -simplificadora y, quizá, provocadoramente- a afirmar que «*la declaración no sirve para nada*». Si no sirve, ¿para qué impugnarla? Se me ocurren muchas maneras de decirlo, pero ninguna tan agria y despreciativa. Y tan equivocada. Negar el valor político a una Declaración como esta, con la excusa de su irrelevancia jurídica, es un gran error que alimenta las pasiones, no las razones. Alimenta el recelo, no el acuerdo.

Hoy -nunca como antes- las personas que representan a nuestras principales instituciones políticas y públicas han entrado en un grave proceso de deterioro de su credibilidad. Las [dudas se ciernen sobre ellos](#) y amenazan el cumplimiento de sus funciones con la eficacia y el sentido de la responsabilidad que se les exige. El desinterés por la política ha dado paso a la irritación y [la vergüenza](#). Los grandes retos políticos que tiene nuestra arquitectura institucional ([¡Resetear España!](#)) deben resolverlos, precisamente, políticos con una imagen destrozada por la duda, la acusación, [la revelación de datos y hechos](#) que, supuestamente, les [comprometen](#) ética y jurídicamente y, también, por el [descrédito colectivo](#) que tiene la política democrática.

El monarca y el *President* se han visto en audiencia oficial. Sería deseable que la formalidad exhibida abriera un espacio sincero de discusión y reflexión. Veremos. Artur Mas, que hoy celebra su cumpleaños, [ha afirmado](#) -minutos antes de ser recibido- que la cita «*es un buen regalo de trabajo y cortesía, que no es poco... Y de diálogo*».

La duración del encuentro (45 minutos), su escenificación (cordial y previsible) y las declaraciones posteriores (que no han existido) podrían definir qué margen tiene la Corona para ocupar un lugar mediador o conciliador, que su posición institucional debería favorecer, o bien si formará parte de la misma respuesta (jurídica, política, institucional) que el Gobierno va a liderar. De momento, no hay pistas.

El Rey se encuentra frente a un reto, que es también una oportunidad. Aunque piense lo mismo que Rajoy, supongamos, lo importante es saber si dirá y hará lo mismo que este: ningunear la realidad que le presenta el *President*. **Este es su desafío institucional.** De momento, no hay declaraciones públicas. Es, quizá, una buena señal. Hablar para sumar, siempre. Y evitar hacerlo, si no hay acuerdo.

El publrreportaje del Rey

Publicado en: El País (5.01.2013) (blog ‘[Micropolítica](#)’)

La primera entrevista televisada del Rey desde hace doce años ha durado, solamente, 23 minutos. Ha sido, casi, un publrreportaje. Sensación a la que han contribuido, innecesariamente, las imágenes insertadas. La [negociación para acortar el tiempo y las preguntas](#), así como la autolimitación por parte del laureado Jesús Hermida y de TVE en abordar los temas más actuales y candentes, han *jibarizado* la entrevista hasta convertirla en casi una caricatura del género.

Hermida ha hablado más que el Rey (asunto que no es difícil de imaginar), pero la edición posterior ha maquillado un poco el efecto distorsionador. Aunque nada ha podido hacerse para evitar la percepción condescendiente y sumisa del veterano periodista. La gesticulación, la cadencia, el exceso de vocalización y la sonrisa boba del compañero de generación han rematado la faena. Ambos han convertido un asunto serio en una escena casi infantil. El *señor* -tratamiento con el que abusivamente se ha dirigido al Rey- puede estar contento, aunque quizás no hayan conseguido sus objetivos.

La Zarzuela afirma que vio una “oportunidad” en la entrevista, en el marco de su ofensiva comunicativa para garantizar [un lifting institucional](#) del Rey. Pero creo que la han perdido. No buscaban titulares, afirman los responsables de la comunicación de la Casa del Rey, pero el titular de la noche es que el Rey mantiene sus privilegios: ninguna pregunta incómoda, ningún tema inadecuado, ningún tratamiento democratizador. La Monarquía sigue teniendo trato preferencial, como en la futura Ley de la Transparencia que prevé excluir a la Institución de su control, es decir del control de los ciudadanos. Y así, con privilegios, pierde apoyos. La realización televisiva, así como los planos, la ubicación y la disposición de los interlocutores ha sido clásica y previsible. Pero con algún desliz involuntario, supongo... Durante varios minutos, se puede observar, perfectamente, una gran bola del mundo tras el Rey. Los escenógrafos han situado España en el plano de la cámara y, con ella, parte de África (continente que ha hundido la reputación de Juan Carlos I). Un pequeño juego del destino: tras la imagen del monarca, [el recuerdo de Botsuana](#).

Hay algo de burla en la oferta de esta esperada entrevista. Simplemente, no lo ha sido. Sin titulares, sin confidencias, sin secretos, sin emociones... el intento de entrevista ha dejado más al descubierto que nunca sus ideas y sus fijaciones. Las históricas y las personales. También sus limitaciones.

El Rey ha recordado a su padre y su principal consejo: ser rey de todos los españoles. Parece que lo ha olvidado o lo interpreta a su manera. La [reiterada crítica](#) implícita al desafío catalán, calificado como “intransigencias que llevan a políticas rupturistas que no convienen”, le aleja de la equidistancia (y la prudencia) y le sitúa, claramente, en la defensa del *statu quo*. La Monarquía se desliza, cada vez más, hacia la identificación compacta y homogénea con un determinado modelo de España. El [Príncipe de Girona](#)

lo va a tener muy difícil. Mucho.

Un gran desafío

Publicado en: [El Periódico de Catalunya](#) (5.01.2013)

El tiempo pasa inexorable. También para el Rey. O, quizá, más para él. Una institución que hace de la muerte su opción preferente para el traspaso político, salvo abdicación, es una institución peculiar, en la que el tiempo es importante. Muy importante. La herencia sustituye a la alternancia; el linaje, a la democracia. Siempre me sorprendió la [declaración](#) de la reina Doña Sofía: «¿Abdicar? ¡Nunca! El Rey no abdicará jamás. Ni lo hablamos nunca. Se da por sobrentendido que reinará hasta la muerte. A un rey solo debe jubilarle la muerte. Salvo que... Lo deseable, lo conveniente por el asentamiento de la propia institución en los tiempos nuevos de España es que el Rey muera en su cama y alguien diga: ‘El Rey ha muerto. ¡Viva el Rey!’».

En estas circunstancias, es normal que el 75º aniversario del rey Juan Carlos I despierte interés..., y curiosidad. El Rey es mayor, sí; pero cumple 75 años en un país de personas mayores. Nuestra cuarta edad. Nuestro país [será el más viejo del mundo](#) en 2050, afirman los expertos. El Rey ha envejecido, como España.

Fidel Castro se retiró con 82 años, aunque sigue «como guía de la revolución». François Mitterrand fue Presidente de la República a los 65 años, y con 79 terminó su cargo. Y Winston Churchill concluyó su mandato como Primer Ministro a los 81 años. Es decir, tener 75 años no es, necesariamente, un problema, pero perder el contacto con la realidad, o la capacidad de gestionarla, sí.

El Rey tiene el cuerpo lleno de cicatrices. Sus lesiones forman parte de la particular guerra que a veces ha librado contra su propia naturaleza, y contra la de otros seres vivos. Una mezcla de demasiados accidentes, infortunios y temeridades jalonan su expediente. Su inevitable -¿o no?- deterioro físico va acompañado del deterioro de la aceptación y valoración que la institución que representa tiene hoy entre los ciudadanos.

El Rey se enfrenta, en el último tramo de su larga vida de servicio público, a su batalla más difícil. Ya lo decía el poeta griego Hesíodo: «Una mala reputación es una carga, ligera de levantar, pesada de llevar, difícil de descargar». Juan Carlos lucha por pasar el testigo en mejores condiciones. No lo tendrá fácil. El pavoroso descrédito de la política también afecta, y mucho, a la Monarquía. Una [poderosa operación de marketing político](#), con amplias complicidades políticas y mediáticas, está a su servicio. Pero las huellas de la edad en su rostro no son nada comparadas con las huellas de la reputación en la opinión pública.

El Rey quiere demostrar que está en forma, en una ofensiva estética en un entorno de vulnerabilidad ética. Un combate contra el tiempo y sus secuelas. Su agenda es casi impropia de un hombre de su edad. Demasiado. Este desafío político -y biológico- puede jugarle malas pasadas. El exceso en la gesticulación te acerca, por igual, al ridículo que a la heroicidad. España no necesita un supermonarca, sino un rey que sepa comprender su tiempo y el tiempo adecuado para tomar las mejores decisiones.

El Rey virtual

Publicado en: [El País](#) (24.12.2012) (blog ‘[Micropolítica](#)’)

El primer plano ya anunciaba cambios. La imagen exterior de la ventana del despacho del Rey, con la luz encendida en la oscuridad, viendo al monarca casi en pie, tras los cristales, ya anticipaba una actitud, un giro, un desafío. También antiguos recuerdos. El cambio formal de hablar desde delante de su escritorio, sentado sobre el borde de la mesa, ha sido muy significativo. El Rey ha dado su particular “paso al frente”. Su comunicación no verbal ha sido serena, menos impostada, y los planos menos previsibles y convencionales. La mesa no era decorado. Era un espacio de trabajo en donde destacaban un secante sin pluma, una lupa, unas tijeras y una libreta roja. Todo muy simbólico. O anecdótico. Misterio y sorpresa.

El poderoso y profesional equipo de comunicación y de estrategia de la Casa Real se ha empleado a fondo. [El deterioro de la Corona y, en particular, de Juan Carlos I](#) ha obligado a cambios que, quizás, deberían haber entrado dentro de la normalidad, más que ser percibidos como excepcionales o novedosos. Una ofensiva pública, orientada hacia la proximidad, la transparencia y un renovado protagonismo, ha guiado los calculados movimientos de la institución.

En las últimas semanas, la monarquía se ha hecho un *lifting* estético y comunicativo: ha estrenado web (con el [blog](#) del monarca, que continúa con [un único texto](#) colgado el pasado 18 de septiembre), un canal de YouTube (con todos [los mensajes de Navidad del reinado](#)), con una oportuna acción de reconocimiento a la pluralidad lingüística y cultural de España al presentar, en las lenguas oficiales del Estado, el texto de su alocución en Nochebuena. Juan Carlos I es ya un rey virtual en búsqueda del reencuentro con la realidad perdida.

Según los responsables de este diseño, los resultados de [este esfuerzo planificado](#), que ha afectado a la agenda, los gestos, los mensajes y la estética, han empezado a notarse. Hace unas semanas se ha sabido que la Casa Real dispone de encuestas internas (que deberían ser públicas, ya que son financiadas con recursos públicos, y más ahora que conocemos la abstención del CIS en relación a preguntar por la monarquía) que mostrarían que “lo peor ya ha pasado” en relación con [la crisis de Botsuana](#). Aunque [la irritación y el malestar persisten](#), según las mismas fuentes de La Zarzuela, con la brecha abierta por el comportamiento “no ejemplar” de [Iñaki Urdangarín](#). ¿Tan fácil? ¿Se trataba de un tema de opinión pública y de maquillaje modernizador y tecnológico, simplemente?

Creo que la complejidad política, que roza la parálisis o el bloqueo, de nuestra realidad obliga a aceptar que España, en su conjunto (y con ella, la Corona y todo nuestro sistema y arquitectura institucional) [necesita un “reset”](#) inaplazable. Y las palabras son claves. Lo que se omite no deja de existir. Lo que se ignora se recrudece. Lo que se insinúa, no siempre es suficiente.

En su discurso, el Rey ha omitido las palabras paro, corrupción y desahucios, por ejemplo. Tampoco ha citado, ni una sola vez, a la Constitución. Y *han caído* del discurso las menciones directas a su familia, a la Reina o al Príncipe. Por no aparecer, no aparece ni la inevitable palabra “unidad” (de España), ni la tradicional referencia a nuestras Fuerzas Armadas en el exterior. Algunas plumas de salva patrias excitadas se van a afilar. Este discurso puede valer más por lo que no dice (y por qué), que por lo que dice. Todo muy pensado.

Esta estrategia de no quedar asociado a los temas o conceptos más preocupantes (o cuestionados), o que chirrían en el subconsciente de muchas personas en nuestra sociedad, y de buscar la centralidad con interpretables críticas a diestro y siniestro, es hábil. Pero no es suficiente si se quiere liderar, más que sobrevivir. Es ventajista... y puede tener algún efecto imprevisto de rechazo.

El Rey, consciente -y aprovechándose- de la debilidad de la política formal, busca en la calculada crítica y reivindicación hacia ella una redención (personal) y una reubicación (institucional) de su figura y de su papel. Pero **no se trata de su imagen**, sino de su responsabilidad de lo que hay que preocuparse, y cuidarse. Esta noche saldrá *bien parado*, seguramente. Pero, Majestad, la cuestión es salir del “paro” laboral, económico, político, institucional y social en el que está, seguramente, la sociedad española. España está *off*, necesita reiniciarse.

La sutil, pero intencionada, reflexión sobre la “*política grande que supo inaugurar una nueva y brillante etapa integradora en nuestra historia*”, que reivindica el Rey en su intervención, es una invitación, fundamentalmente, al pacto bipartidista, propio de los momentos excepcionales en los que la monarquía ha jugado un papel decisivo e histórico. “*Austeridad y crecimiento deben ser compatibles*”, ha dicho, buscando la equidistancia. El Rey no se está retirando, más bien parece todo lo contrario: quiere volver y ocupar un renovado protagonismo. Reivindicando la Transición que no menciona, se reivindica a sí mismo.

Hace unas semanas, el monarca, en su viaje a la India se quejaba de la melancolía y del pesimismo de nuestra sociedad: “*Los españoles nos metemos el cuchillo. Desde fuera, España se ve mejor, sales más contento de la imagen de España. Dentro, dan ganas de llorar, todo son penas, pero tenemos que sobrellevarlas*”, **decía en Nueva Delhi**. Quizás por esta razón, el Rey ha recorrido, recientemente, más de 70.000 kilómetros proyectando la “Marca España” fuera de nuestras fronteras, en Brasil, Chile, Rusia e India. Y, según previsiones, viajará el año que viene a China, único destino que falta por visitar de los BRIC -países emergentes-.

Dice el Monarca: “*Frente a este pesimismo, como frente al conformismo, cabe encontrar nuevos modos y formas de hacer algunas cosas que reclaman una puesta al día*”. ¿A qué se refiere? ¿Está dispuesto el Rey a hacer un último -y decisivo- servicio a su país (tras treinta y siete años de reinado), auspiciando un período de cambios de fondo a través de “nuevos modos y nuevas formas”? Las formas, en política, son fondo. Lo sabe bien la Casa Real, que vive y se nutre de legitimación a través de la representación simbólica y de la gestualidad ejemplar. Esta noche, el Rey virtual ha ensayado su ambicionado y deseado nuevo papel. La realidad espera, impaciente.

El golpe del Rey

Publicado en: El País (19.09.2012) (blog '[Micropolítica](#)')

El Rey ha dado un golpe, un manotazo, sobre la mesa de la política. Últimamente parece que, cuando algo no se hace como quiere o como le gustaría, se deja llevar por pequeños ataques de cólera o de mal genio. La bronca que propinó a su chófer en la reciente visita a las instalaciones de la Dirección General de Tráfico en Madrid es, quizás, un prueba de ello. El Rey, que viajaba sin cinturón de seguridad en el asiento delantero, se enfadó [ostensiblemente](#).

Pero la [carta](#) publicada ayer en su [web](#) es un salto cualitativo, y no en la buena dirección. El texto es un error por las formas (histrionicas), el fondo (partidario) y su inoportunidad (a 48 horas de la “[decisiva](#)” reunión Rajoy-Mas). El Rey ha confundido *su* transparencia (a la que llega tarde) con la institución que representa y a la que está obligado a servir. Ha hablado Juan Carlos I, pero debería haber [actuado como Jefe del Estado](#), que no es lo mismo.

La literalidad del texto es una advertencia sumaria, no se trata de conciliar, sino de avisar. Un mal asunto cuando se trata de la máxima institución del Estado y del Jefe de los Ejércitos. En el texto no aparecen las palabras: pacto, consenso, acuerdo, encaje, sensibilidades, diversidad, comprensión, acoger, soluciones, construir... Sorprendentes ausencias para quien reivindica el espíritu de la Transición.

El texto refleja, además, otros matices que son algo más que detalles. La alusión a los “galgos y [podencos](#)”, además de rara, es el *tic* propio de un aficionado a la caza, y no sé si era lo más conveniente tras [sus últimos errores](#). Y el inicio de la carta, por ejemplo, resulta revelador: “*No soy el primero y con seguridad no seré el último entre los españoles...*”. Era, quizás, su manera sutil de decir “*una mayoría de españoles piensa que...*”. Pero aunque sea una mayoría, su misión y su función es la de representar a todos, incluidas las minorías. Si pretendía, también, reflexionar sobre las relaciones Catalunya-España, el tema es mucho más grave. Es, sencillamente, no comprender nada, o no querer comprenderlo. Esto no va de 8 millones de catalanes frente a 40 de españoles y deducir así, de manera simplista e interesada, mayorías y minorías democráticas. El Rey no puede hacer trampas.

Lo más grave está por llegar, todavía. El Rey ha anunciado que “seguirá” utilizando su página web para expresar sus opiniones. Pero esta dinámica altera, de manera muy significativa, el protocolo de redacción de sus discursos que deben ser supervisados por el Gobierno (y este lo fue) siguiendo las normas constitucionales. Esta nueva etapa introduce un elemento nuevo: el Rey opinará, independientemente, de la actividad institucional que enmarca sus declaraciones. Es decir, opinará de la actualidad más allá del tradicional [Mensaje de Navidad](#).

Esta situación es inédita en nuestra democracia. Si alguien quería ayudar a la Monarquía, no lo ha conseguido. Y si quería ayudar a resolver los problemas, los ha empeo-

rado. Cuando se cometen tantos errores, hay que exigir responsabilidades y no mirar hacia otro lado. El coro silencioso con el que, demasiadas veces, se contemplan las actuaciones del monarca debe dar paso a voces solventes que exijan criterio, prudencia y, sobre todo, responsabilidad. Hay cosas que no se resuelven no dándose por [aludido](#) . El golpe del Rey ha sido muy desafortunado. Impropio de alguien que ha sabido evitarlos.

Palabras y hechos

Publicado en: [El Periódico](#) (19.04.2012)

Las disculpas del Rey han sido sus primeras palabras en público tras el bochorno. Pero más importantes serán sus primeros actos. El reconocimiento de su falta de sensibilidad («lo siento mucho») y la admisión del error («me he equivocado») deben dar paso –urgentemente– al cambio y a la rectificación («...y no volverá a ocurrir»). El Rey y la Corona se enfrentan a un complicado proceso de regeneración personal e institucional, si quieren estar en condiciones de ofrecer un nuevo pacto de legitimidad de Estado con la sociedad española. Las palabras deben abrir paso a los hechos.

Una sociedad que se avergüenza del jefe del Estado no aceptará –resignada y pasivamente– que los cambios inaplazables sean meramente cosméticos. No se trata de un problema de imagen o de relaciones públicas. Se trata de una profunda reflexión sobre cómo la Monarquía va a encontrar los resortes para restablecer la conectividad con la sociedad más allá de un posible relevo. Se equivocarán si piensan que simplemente se trata de sustituir a una persona por otra. De lo que se trataría es de cambiar una monarquía por otra monarquía. Solo así pueden tener la mínima opción para volver a estar en condiciones de ofrecer un nuevo capital político e institucional. Los cambios a abordar, en una primera etapa, afectarían –bajo mi punto de vista– a cuatro áreas básicas: transparencia, rendición de cuentas, contención y democratización.

Transparencia. Los viajes privados del jefe del Estado, sean o no sufragados por el erario público, deben ser comunicados de forma oficial, detallados y justificados al Gobierno, al Parlamento y a la opinión pública. El debate no es sobre la privacidad de la vida del Monarca, sino sobre la ejemplaridad e idoneidad de su comportamiento en su globalidad: personal, relacional e institucional. El fariseísmo que toleraría determinadas actividades por el hecho de que estas sean privadas nos ha llevado directamente a la cacería en África.

Rendición de cuentas. La Casa Real no puede quedar excluida de la ley de transparencia con el débil argumento de que «no es una Administración pública», como afirmaba la vicepresidenta y portavoz del Gobierno, Soraya Sáenz de Santamaría. El proceso parlamentario debe corregir, ineludiblemente, esta omisión. La Casa Real... ¡claro que es pública, aunque no sea estrictamente Administración! La Zarzuela debería pedir, a iniciativa propia, la supresión de todo tipo de privilegios en relación a cualquier otro servidor del Estado.

Contención. Es necesaria una reducción del presupuesto de la Corona y de sus estructuras. Y aunque en términos comparativos la Monarquía española sea más barata que las otras casas reales europeas, de lo que se trata no es de que sea la más barata sino la mejor. Abanderando un nuevo concepto de monarquía. La familia real debería adaptar su estilo de vida no solo a causa de la grave crisis financiera que afecta al país y a sus ciudadanos, sino como un nuevo modelo ejemplificador, más modesto y funcional.

Menos papel cuché y más papel social.

Democratización. La Monarquía hereditaria es, en sí misma, una institución no democrática pero que puede prestar servicios (y grandes servicios) a las democracias. Pero para ello necesita asumir la praxis, la cultura y el estilo del republicanismo cívico. Es la única vía. Eso significa despojarse de privilegios y condescendencias propias de un mundo de súbditos en lugar de ciudadanos.

Acostumbrarse a las críticas, al debate y al cuestionamiento de su rol en la sociedad, volviendo a recuperar el concepto de servicio público, abriendo sus prácticas a nuevas actividades más cívicas y menos regias es todo un reto para la Casa Real y todos sus miembros, en especial para el Monarca y su sucesor. Las primeras palabras del Rey son un gesto, sí, que hay que transformar en estrategia y en una agenda de cambios que le permitan, 30 años después, una segunda transición personal e institucional.

Pedir perdón

Publicado en: El País (18.04.2012) (blog [‘Micropolítica’](#))

El papel lo aguanta todo. Pero la cara... ¡ay, la cara! El rostro sí que revela la autenticidad y el sentimiento. El Rey ha optado por la mejor opción: dar la cara, mostrarla. Las palabras pronunciadas son un paso en la buena dirección, pero veremos en los próximos días si es demasiado pequeño para superar el abismo que se abre bajo los pies de la monarquía y, del monarca, en particular.

[Pedir perdón no es lo mismo que disculparse](#), y para que sea creíble y efectivo, este acto reclama contrición, arrepentimiento y vergüenza. Y cambio, muchos cambios. Estas emociones, que son las que el monarca más necesita transmitir en estos momentos, no las garantizaba un papel -por bien escrito que estuviera-, aunque llevara el sello real. El Rey no ha utilizado la palabra “perdón”, pero prometer que “no volverá a ocurrir” es casi un sinónimo. Y su cara transmitía una mezcla de emociones entre rubor y tristeza.

El gesto será útil, al menos, para los propios miembros de la Casa Real. Ayer, la Infanta Elena, en una irresponsable y provocadora declaración dijo textualmente: [“No he oído nada, estaba trabajando”](#). No sé que suerte de trabajo tenía, en un país con casi 6 millones de parados, pero lo que sí que es seguro es que no debería ser “al servicio de España”, porque si así fuera seguro que se habría enterado. No ha podido resultar más torpe e insensible. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

El Rey debería explorar también el desagravio como penitencia, como parte de un proceso de regeneración moral y personal. [El arrepentimiento se practica, no se proclama](#). Seguro que encontraría, además, buenas causas hacia las que canalizar parte de su fortuna personal más allá de las presidencias honoríficas. Pero más que su dinero o sus palabras, lo que necesita en estos momentos es actuar con el ejemplo. ‘La excelencia es un hábito’ decía Aristóteles. Cuando una institución permite o tolera comportamientos anacrónicos se vuelve también anacrónica.

Ahora empieza su segunda transición. La personal y la institucional. Personal, hacia nuevas pautas de comportamiento ético más acordes con su función y más contemporáneas y empáticas con la sociedad a la que debe servir y representar. E institucional, para adaptar la monarquía a la sociedad del siglo XXI ofreciendo una última oportunidad a una marca que se ha desprestigiado, desconectado y desautorizado ella misma. Se le acabó el crédito ético y estético. La Corona deberá ofrecer un nuevo pacto a la democracia española y a una sociedad que plantea, sin tapujos ni problemas, otras fórmulas igualmente legítimas y convenientes. Incluso más. Espero que tenga la misma habilidad que hace 30 años. No le será nada fácil si no comprende que la vida pública y personal, cuando representas a la Jefatura del Estado, son la misma cosa. Aunque quizás sea demasiado tarde: las compuertas se han abierto.

¿Y si no se hubiera caído?

Publicado en: El País (14.04.2012) (blog [‘Micropolítica’](#))

El **rey Juan Carlos** ha perdido el contacto con la realidad. O al menos, eso parece. Solo una profunda desorientación y desconexión con la sociedad a la que debe servir, explicaría –y mal- que le parezca bien ir a cazar elefantes. El viaje es totalmente inadecuado, impropio e injustificado.

Inadecuado, porque España está en uno de los momentos más críticos de su reputación internacional. El viaje del monarca, para darse un capricho inoportuno, no contribuye a la imagen de moderación, esfuerzo y sacrificio que debemos dar en nuestra pelea reputacional con los mercados y las instituciones comunitarias.

Impropio, porque el monarca no puede, ni debe, ignorar que cazar elefantes por placer es obsceno y hiere, profundamente, millones de sensibilidades. Tiene todos los componentes para resultar despreciable. Además, la puesta en escena de una cacería preparada para el goce, alimenta todas las imágenes perversas de la opulencia y el poder.

Injustificado, porque no hay ninguna razón para hacer este viaje, a su edad, con sus condiciones físicas, para practicar la caza, y de elefantes. Ninguna explicación hace comprensible tal cúmulo de errores imprudentes e innecesarios.

Pero la pregunta clave es: ¿Y si no se hubiera caído? Pues no lo sabríamos ya que la **Casa Real** no informa de las actividades privadas del rey. Es muy discutible que, en pleno siglo XXI, podamos considerar como privado un viaje de estas características, pero lo realmente alarmante es descubrir que nadie se lo impidió.

¿Cómo es posible que nadie viera el peligro físico, estético y ético de esta aventura? La Casa Real no está para satisfacer los caprichos de su inquilino, sino para servir al Jefe del Estado. Y actuar, siempre, en consecuencia con esta alta responsabilidad. Y ¿quién más lo sabía? ¿El Príncipe? ¿Nadie le desaconsejó tal despropósito? ¿En qué mundo viven?

La acumulación de errores de la monarquía en los últimos años es propia de una institución que ya no entiende su misión en la sociedad. Es difícil servir a una comunidad con la que ya no te identificas, no comprendes y no atiendes. La insensibilidad es el primer paso para la ruptura. No es que la sociedad española se aleje de la monarquía, es al revés. Además, cuando se pierde el pudor, como es el caso de esta cacería impúdica, ya no es posible la dignidad. Y el rubor no la restaura.

El Rey está desnudo

Publicado en: [El Periódico](#) (24.12.2011)

Una institución que solo se renueva en caso de abdicación o defunción de su principal figura es –por naturaleza– conservadora, recelosa, temerosa... y complicada, sin duda. Jaime Peñafiel, uno de los periodistas que mejor conocen la Casa Real española (y que ha publicado recientemente [El Rey no abdica](#)), ha revelado unas declaraciones de la reina Sofía que hablan por sí solas: «A un rey solo debe jubilarle la muerte. Que muera en su cama y se pueda decir: ‘El Rey ha muerto, viva el Rey’. No es urgente reformar la Constitución... ni el Rey está cansado ni el Príncipe impaciente... ¿Abdicar? ¡Nunca! El Rey no abdicará jamás... Ni lo hemos hablado nunca. Se da por sobreentendido».

El rey Juan Carlos I se enfrenta esta noche a un discurso histórico. Si la noche del 23-F contribuyó con su comparecencia en la televisión pública a desactivar la intentona golpista y salvar nuestra joven democracia, no es exagerado afirmar que el discurso de esta noche puede salvar nuestra vieja Monarquía antes de que el deterioro en la opinión pública sea irreversible. Para quien considera que la muerte es la única razón que justifica un cambio, debe ser una tentación resistir, aguantar y enrocarse como la mejor defensa ante las adversidades. Así han reaccionado casi todas las monarquías europeas frente a los escándalos. El tiempo juega a su favor, deben pensar.

Hoy, la Corona puede dar, y debería hacerlo, una sorpresa. Después de algunos días de preocupante silencio, ha reaccionado en todos los frentes: cambios en las responsabilidades de dirección y comunicación de la Casa del Rey, comunicados que sentencian al yerno no juzgado, cortafuegos institucionales para delimitar el alcance de lo que se considera familia real (que casi chamuscan incluso a las propias infantas) y anuncios diversos sobre rendición de cuentas, auditorías adicionales y transparencia presupuestaria.

A pesar de ello, lo más importante debería pasar esta noche. Con las medidas anunciadas, el Rey ha ganado tiempo, algo de crédito y, sobre todo, ha evitado el bochorno de la sospecha. Ver a un Rey callado ante lo que ocurre en su propia familia y siendo el máximo representante del Estado, en los exigentes compromisos públicos relacionados con el resultado electoral, hubiera sido un golpe muy doloroso para la institución y para nuestra democracia.

Este año era el gran año. La derrota política y policial de ETA era el gran mensaje que la sociedad española estaba esperando y que el Rey podía solemnizar como curso histórico y memorable. Pero todo ha quedado empañado por unos miserables contratos que –abusando del linaje y del estatus real y aprovechándose de una práctica política cortesana y condescendiente que busca el barniz regio– han dado cobertura al descaro. Y ahora, en el peor de los escenarios, sabemos que era un secreto a voces, incluso para toda la familia real: el yerno olímpico y deportista no jugaba limpio. Y los suegros parece que [lo sabían](#). Y los cuñados, también. Reaccionaron, sí, pero a costa de una posible

ocultación. Aquí está la supuesta culpabilidad *familiar* que hoy se juzgará demoscópicamente.

Esta noche cualquier detalle será relevante. Las monarquías hablan con el lenguaje simbólico. Sus palabras son sus gestos. Su prestigio y su fortaleza radican en la fuerza de lo ético y de lo icónico, inseparablemente. Estaremos atentos a las fotos, a la decoración y a la comunicación no verbal de nuestro veterano Monarca. Analizaremos lo que dice y, sobre todo, lo que no dice. Las palabras clave serán: perdón y vergüenza . Si pide disculpas, tiene más opciones de salir airoso. Pero si, además, no muestra vergüenza ajena por lo ocurrido (y lo que podría todavía conocerse), será difícil que pueda mirarnos a la cara. El Rey está desnudo, y sería deseable que, siguiendo su proverbial intuición, lo percibiera antes que nadie y empezase entonando un mea culpa. Esta sería la gran sorpresa que marcaría un giro en la estrategia de comunicación. El Rey sabe bien lo que es el servicio público. Es un profesional. Y en los momentos clave ha jugado su papel institucional. Esta noche no puede defraudar.

Esta noche, tras el mensaje del Rey, la web de EL PERIÓDICO incluirá un análisis del discurso por Antoni Gutiérrez-Rubí. (Análisis tras el discurso: El pequeño paso del Rey)

El pequeño paso del Rey

Publicado en: [El Periódico](#) (24.12.2011)

El mensaje del Rey ha supuesto un paso hacia delante, aunque muy corto. En un mensaje de más de 1.500 palabras, ha resuelto la gran [expectación](#) existente en relación con el *caso Urdangarín* dedicando, del total, simplemente unas 100 breves y prudentes palabras. El monarca ha tropezado varias veces este año. Pero sus problemas de movilidad no son nada en comparación con los posibles problemas vinculados a la sensibilidad y a la credibilidad.

Sus omisiones son reveladoras. El [año pasado](#) finalizó su discurso con este mensaje: «¡Muy feliz Navidad y Año Nuevo 2011, en nombre propio y de mi familia, a todos los españoles y a cuantos extranjeros viven con nosotros!». Este año, por primera vez, no ha mencionado a su familia. Tampoco a la Reina, ni a las infantas.

Reivindicar que «la justicia es igual para todos» es lo mínimo exigible a quien representa la máxima visibilidad del Estado de Derecho. Se podría decir a su favor que pedir «rigor, seriedad y ejemplaridad en todos los sentidos» y afirmar que «las personas con responsabilidades públicas tenemos el deber de observar un comportamiento adecuado, un comportamiento ejemplar» es un gran paso. Pero no lo es, aunque tragó saliva cuando lo dijo. El Rey alude a lo que todos pensamos, pero elude su posición personal y su reflexión como padre. No ha dicho ni tan solo que se siente triste o avergonzado. Esta noche se esperaba ver al Rey decepcionado y afligido. Era lo mínimo. No mostrarse así le convierte en alguien insensible o, lo que es peor, protagonista de un artificio.

En su discurso, debería haber sido capaz de reconocer, al menos, el daño que miembros de su propia familia han causado a lo que él mismo reconocía como «la desconfianza respecto a la credibilidad y prestigio de algunas de nuestras instituciones». Ha sido una oportunidad perdida. O frustrada.

No citar a su familia refleja, quizás, sentimiento de culpa. O de soledad. O una torpe estrategia que pretende hacernos olvidar lo que no se menciona. O todo a la vez. Esta Nochebuena, y por primera vez en 14 años desde su boda, la infanta Cristina no le acompañará en la tradicional cena navideña en la [Zarzuela](#). Un momento seguramente triste para quien ha servido a la sociedad española durante 36 años, como él mismo ha tenido que recordarnos buscando exculpación, comprensión o perdón, dado su balance global.

La escenografía del [mensaje](#) real ha sido cuidada, como siempre, con una realización hierática y tradicional. El Rey ha hecho esfuerzos en la comunicación gestual, pero sin registros emocionales justo cuando más lo necesitaba. Ha locutado su mensaje, pero no sé si ha escuchado el mensaje que le llegaba de la sociedad en forma de expectativa crítica. La monarquía, como la liturgia vaticana, es especialista en hablar elípticamente con un rígido control simbólico. Pero la sociedad española, sacudida por la crisis y el desánimo, no está para fintas semánticas o matices palaciegos. La claridad es la clave de

la ejemplaridad. La ética necesita luz clara, no sombras, ni mucho menos penumbras.

El Rey no se ha **disculpado**. Y para quien crea que no debería asumir responsabilidades que no son suyas, será bueno recordar que la única razón de peso para aceptar que el linaje sea fuente de legitimidad pública es la moralidad. Si no hay votos, debe haber ética y autocrítica, al menos. Es cierto que la justicia debe ser para todos igual, pero el juicio de lo moral debe ser superior para aquellos a los que la cuna o los lazos familiares les otorgan el privilegio de la representación constitucional.

Su tropiezo es severo, aunque no irreversible. Veremos los siguientes pasos que, inevitablemente, deberá dar cuando avance el proceso judicial contra su yerno. En el juego del ajedrez, el rey es la figura clave pero con menor movilidad. Hoy, quizás mal asesorado y defendido, el rey Juan Carlos I se ha movido, calculadamente, como una pieza fría de un tablero. Ha perdido la oportunidad de mostrarse como una persona real. Él, que ha pedido a los demás que actúen con «realismo», no ha predicado suficientemente con el **ejemplo**. Justo lo que esta noche se juzgaba.